

056  
e 691c  
e n

*Oficina Lanzas 357*



# EOS



**Tomo VIII = Precio: 30 CÉNTIMOS = Cuadernos 112-13**

Administración:  
7.<sup>a</sup> Avenida, Este, 42  
San José, C. R.

**EOS**

Propietarios:  
- Falcó y Borrásé -  
Apartado 638

APUNTES Y RECORTES

---

---

## Para verdades, el tiempo...

Uno de los príncipes de la moderna ciencia económica, Raphael-Georges Lévy, acaba de publicar en la *Revista de Ambos Mundos*, (15 de enero de 1919), un interesante artículo sobre «Las Finanzas de la Paz». Después de examinar el vasto y complejo problema, concluye el célebre economista que el primer deber de la paz, el más urgente, el que produciría efectos más inmediatos, es «la reducción de la circulación fiduciaria».

«La cuestión de la moneda tiene repercusiones profundas en el conjunto de la situación económica», dice, y agrega refiriéndose al Banco de Francia: «No debemos imaginarnos que ese gran instituto, cuya misión esencial reside en la provisión de crédito al comercio legítimo, en vigilar el estado monetario, en regularizar el mercado de los cambios, pueda impunemente multiplicar signos fiduciarios, cuya base quedaría respaldada por elementos cada vez más difíciles de realizar».... «Penetremos de esta verdad: el papel no es nada por sí mismo; sólo los bienes efectivos, muebles e inmuebles, tierras cultivadas, bosques, mercancías, fábricas, reservas de mercaderías, y por encima de todo ello el capital humano, más precioso él solo que todos los demás reunidos, constituyen una riqueza. A donde deben tender nuestros esfuerzos es a la producción de esta riqueza. *Extirpemos del cerebro de los ignorantes el sofisma que les hace creer que imprimir un billete, es agregar algo al patrimonio nacional.* Por el contrario,

cuando se lanza a la circulación un papel que no tiene fundamento, que no representa un encaje metálico, o promesa de pago efectiva a corto plazo, se disminuye la fortuna pública, porque se estimula el alza artificial de los precios. La exageración de los billetes es la causa principal de la carestía de la vida».

....“Reducir la circulación fiduciaria, es por consiguiente sanear la moneda”... “La disminución de la cifra de billetes de banco será la afirmación de una política nueva, la del retorno a los sanos principios económicos”... “Contribuirá más que ninguna otra medida a la baja de todos los precios, y por ello prestará a la comunidad el mayor de los servicios”. “No sólo el aumento de la producción que en todo lugar del globo se trata de determinar contribuirá a esta baja, sino la vuelta a la noción de la sana moneda, que se ha perdido en algunos países y que podría oscurecerse en otros, si no se tiene cuidado”. “El día en que se restablezca el equilibrio entre los signos fiduciarios y las garantías que deben servirles de base, se habrá dado el paso decisivo en el buen camino”.

“Pero hay que cambiar completamente una mentalidad, continúa M. Lévy, o mejor dicho, lo que precisa apresurar con todas nuestras fuerzas, es la vuelta a la *mentalidad de la paz*”. Y termina así: “En medio del cúmulo de deberes que se imponen a nosotros en este momento y que de todas partes solicitan las energías nacionales, creemos que aquel cuyo programa acabamos de trazar, es el que primero conviene cumplir. La moneda está en la base de todas las transacciones; ocupándonos de ella mejoraremos toda nuestra vida económica”.

No solamente M. Lévy, a quien de seguro, con el acostumbrado desdén habrán de calificar aquí de teórico, ha hablado en Europa en este sentido. M. Ribot, ex-Ministro de Hacienda de Francia, y M. Klotz, actual Ministro, han expresado y defendido las mismas ideas en el Senado francés, el 17 y 19 de diciembre del año pasado, respectivamente. Y en Inglaterra, donde según frase de

M. Lévy, "es costumbre darnos ejemplo de una sana concepción de las realidades financieras", el "Comité de la circulación y de los cambios extranjeros", que preside Lord Cunliffe, antiguo Gobernador del Banco de Inglaterra, ha pedido entre otras medidas el retiro de los billetes de una libra y de media libra, creados para las necesidades de la guerra.

Tomado de un artículo del joven escritor colombiano ANTONIO DE NARVÁEZ.

---

## José Enrique Rodó

Trozos de la obra así intitulada por GONZALO ZALDUMBIDE

Desde mozo, lo que sorprende en su acento, es, no tanto la precocidad de la convicción cuanto el temple sagaz y firme, la tempranera sazón, el dulzor a punto, lo que llamaríamos su natural madurez:

En efecto, aquello de que tan sólo en Rodó gustamos enteramente, y como por primera vez, pues que en otros autores americanos le hallamos más bien como conato y aspiración que como calidad natural y constante, es aquella templanza interior del hombre dueño de sí y de su arte, esa tan suave y firme plenitud que denota, ya convertida en la más rica substancia propia, una vasta cultura, y pone, en todas sus obras, la más acendrada y leal virtud de persuasión.

Aquel sabor de entera madurez parécenos inestimable en el verdor de nuestra civilización, entre tanto alarde de aprendices, entre tanto ensayo o promesa quedados en agraz. Si en otros la descubríamos aquí y allá, parecíanos brote casual o acierto casi inespereado. Donde todo, y particularmente el esfuerzo del estilo, revela el tanteo, la inseguridad del pensamiento, destácanse de improviso, en sus hallazgos intermitentes, la inspiración más o menos feliz, o el artificio aplicado e inestable. Poemas, ensayos, libros abundan así en América, que son como aquellos frutos madurados a la

fuerza: reblandecidos de un lado, pintones de otro, bien muestran cómo la pulpa, sabrosa y todo, no ha cuajado sus jugos a influjo de una morosa estación propicia. Si algún autor ha logrado en tal o cual de sus obras esta armoniosa granazón interna, no se advierte la necesidad que a dárnosla tal le predisponía: la cultura a que la debe no parece serle consubstancial, sino sobreañadida oportunamente. No así en Rodó.

Nada podía gustarnos más. Nuestra civilización, que ha perdido ya toda ingenuidad, y no ha aprendido aún a reconstituirla en el arte, pues cuando imita el balbuceo y candor de los primitivos, es porque así lo hacen las mayores que le sirven de modelo, se afana más bien por llegar en todo a la última palabra. Aceleramos nuestro incierto y confuso ritmo, forzamos sin previsión nuestra mal montada máquina social, por no retardar ni atrasarnos de los conductores y guías. Nuestra literatura, como nuestra vida toda, siente este aquejo. Vano es que nos digan que no estamos aún para eso, que basta o que mejor haríamos con distinguirnos cultivando nuestras peculiaridades, diferenciando nuestras costumbres y pintando nuestros paisajes. Pero la verdad es que nos avergonzamos de las unas, cuando no son las del mundo más civilizado; y en cuanto a los otros, no bastan a constituirnos un título suficiente. Distinguirnos podemos sólo por lo pintoresco. Mas no queremos ser pintorescos, tal vez porque eso nos recuerda todavía de muy cerca el taparrabo y las plumas de nuestros inocentes antepasados. Sería muy pobre orgullo para nosotros. Lo que queremos de todas veras, dígase lo que se quiera, es ser hombres, ser pueblos como los de más vieja experiencia y más profunda historia: tomándoles la flor extrema de su saber y de su sentir. Airosa petulancia de adolescentes; pero también, incontrastable empuje de la vida.

Fácil es ver que el anhelo de acendrar la cultura en sus formas más avanzadas, es el lazo de similitud entre los artistas de la generación de Rodó, que impusieron al público la novedad de su arte, tomándola de los últimos

modelos, en particular franceses. Los europeos, y no sólo ellos, vieron en el afán de exotismo, que parecía caracterizarles, la ingenua prontitud del salvaje que trueca los productos de su suelo, así sean los más preciados y necesarios, por los espejuelos y abalorios del mercaderante extranjero. Nosotros no vemos en este júbilo bárbaro que se apodera de todo lo «moderno», y lo festeja hasta en los sucedáneos, lo imita hasta en sus deformaciones, sino el alarde feliz de una raza joven, impaciente por demostrar su precocidad, su vivacidad intuitiva, su capacidad de asimilación, su alegría de dar también ella en el hito y acordar para el más alto contrapunto de refinamientos su ágil y nerviosa sensibilidad.

A menudo, en este afán de estar al tanto, se advierte algo del provinciano que en su aldea sigue la moda de la metrópoli. Por lo mismo, cuando hallamos un Rodó, superior a todas las modas, exento de vanidades, con dominio acabado sobre cuanto contribuye al realce de su aptitud natural, reconocemos en él un perfecto ejemplar de lo que queremos ser, de lo que vamos siendo. Y por esto, en obras como la suya es donde más altamente se cifra nuestro esfuerzo por llegar, del rápido aprendizaje a la maestría, nuestra capacidad de reproducir y quizá agrandar—, ya que no hemos creado, ni lo podríamos, una civilización divergente, peculiar y exclusiva nuestra—, ciertos moldes del mundo moderno.

Este afán de madurez es lo único que pone cierta unidad de sentido en la pluralidad de nuestros entusiasmos. Por ejemplo, en la premura con que toda una generación, de 1890 a 1910, llenó nuestra literatura de novedades en ella antes inauditas, acogiendo desde el principio como expresión suya, y simultánea, aunque en apariencia contradictoriamente, la poesía estatuaría con Leopoldo Díaz, y un nuevo sentido del ritmo con la divina música primera de Rubén Darío, hay, sobre todo, el secreto delator de esa inaplazable necesidad. Entre los varios iniciadores de tal movimiento no hay sino aquesta innegable comunidad, y en todos, una misma ley de imitación se cumple.

\* \* \*

El lema de *ser de su época*, en el sentido de un anhelo de maduración y universalidad, explica bien el que Rodó, espíritu moderno, aunque en ningún modo literato «modernista», comparta con éstos—, no ya en su calidad de pensador y director de vocaciones, que en esto no tiene pares, sino en cuanto a artista y obrero de la expresión—, el dominio de su tiempo. ¡Fué, sin embargo, tan diverso de ellos, tan distinta su obra, así en los fines como en los medios!

Si no les fué decididamente un antagonista ni reunió en torno suyo a los malcontentos, para que podamos atribuirle un movimiento de reacción y ponerle a la cabeza de un bando opuesto, les fué menos aún devoto alucinado y crédulo. Que si desde el primer momento reconoció a Darío, por ser quien era, todo privilegio, fué de los primeros en lastimarse de tanta preciosidad como ponía en manos de imitadores vulgares, y en pedir para éstos, que eran los más, «el castigo».

\* \* \*

En nuestra voluntariosa literatura domina así la impresión de una multiplicidad de fuerzas fecundas y desgobernadas, hábiles y mal aprovechadas. El romanticismo nos vino quizá demasiado pronto, antes de que ninguna virtud clásica hubiese asentado una disciplina ni fortificado una tradición. Aprendimos a balbucir en gongorino. Y tras el gongorismo iniciador, que rigió hasta las postrimerías del siglo XVIII, el cortesano pseudoclasicismo, en la servil imitación de modelos impuestos con fría obligación de *pensum*, por los últimos pedantes de la colonia, acabó de viciar la débil aptitud. Luego la inspiración democrática y libertaria de la independencia continuó envolviéndose en falsedades pomposas y aristocráticas de un clasicismo heroico y mitológico.

Si por lo menos la superstición clásica, mal entendida y todo, hubiese logrado establecer un abundante discipulado, dentro del cual hubiesen llegado a multiplicarse pro-

ducciones, aun entonces excepcionales, como la *Silva a la agricultura de la zona tórrida*, o el *Canto a la victoria de Junín*, habrían tales modelos enseñado, no sólo a pensar con orden y a *componer*, sino también a ajustar las palabras a las ideas, a ejemplo de su precisión potente y detallada, a aplicar a asuntos nuestros, desbordantes de urgencia tumultuosa, las más seguras y sobrias normas. Admirables frutos de disciplina antigua vivificada, como por sangre nueva y ardiente, por sentimientos netamente americanos, al fin habrían servido de armazón a una especie de literatura nacional, a un tiempo sólida y nueva, propia y tradicional. Pero en la vaga y dispersa literatura americana, apenas había llegado un falso clasicismo a insinuar cierto respeto, que pudo ser saludable en su oportunidad inicial, a ciertas reglas de composición y arquitectura mental—débiles amagos por restablecer la coherencia en el desbarajuste dejado por la colonia gongórica y ergotista—, cuando ya vientos de libertad vinieron a barrer, con los resabios pseudoclásicos, los primeros elementos de orden y jerarquía que comenzaban a implantarse con Bello, Olmedo, Caro, Gutiérrez y algunos otros, en el campo hasta entonces sembrado de confusos despojos. La creencia en el don infuso y en las intuiciones de la inspiración, aumentaba la incoherencia que una educación intelectual entregada al azar había hecho congenial. (Puede decirse que, entre nosotros, todo escritor fué un autodidacta por lo que toca a su cultura general y particularmente a la literaria).

El romanticismo no halló, pues, entre nosotros, tiranías seculares que destronar, nos halló libres... y pobres como las cabras. Sopló en los pálidos rescoldos de la hoguera ya muriente de la revolución libertadora, para acabar de dispersar en cenizas los vestigios del pasado. No pudiendo ser liberación, hubo de ser licencia. No habiéndonos conferido, como don suyo, una franquicia que teníamos de hecho al no tener, de entre lo propio, nada, o tan poco que respetar, que continuar o imitar, nos dió tan sólo la libertad de echar a perder la que teníamos de na-



cimiento. El principio de libertad en literatura no fué, pues, una triunfante reivindicación, como lo había sido en política, sino más bien turbulento empuje desorientador, y casi justificación de la ignorancia nativa.

\* \* \*

Pero hé aquí, realizado casi de repente, el tipo de escritor perfecto; y al propio tiempo la mente más civilizada, la más discreta sensibilidad. Para admirar sin reservas la calidad de una prosa de nobleza constante e infatigable elevación, ceñida a elegancia igual, página tras página, sin flaquezas para con la abundancia aproximativa ni condescendencias ante la «rebelión de la palabra que se niega a dar de sí el alma y el color»; para admirar asimismo el decoro de un pensamiento mantenido en belleza por la expresión más hermosa y en libertad por la amplitud más segura de sí, es preciso, en efecto, llegar a Rodó. La misma prosa de Montalvo (autor a quien Rodó ha tributado el más estupendo elogio, con un «ensayo» sin par en lengua castellana dentro de la crítica, por la magnificencia del estilo, el entono de la concepción y el calor del sentimiento), es una prosa aparte, prosa de excepción, admirable a título de alarde personalísimo, de intransmisible secreto.

Si Rodó vió ya en Montalvo «la típica representación del escritor en la integridad de facultades y disciplinas que lo cabal del título supone», mayormente hemos de verla en quien, si tuvo un don menos genial, juntó a cultura más vasta, la universalidad de un espíritu más ecuánime y más comprensivo (1).

Faltábanos, en efecto, hasta que le tuvimos en Rodó completo y acabado, el *escritor* por excelencia, que, uniendo

(1) No es que tengamos en menos las «pasiones» de un Montalvo: antes bien, luego se verá cómo las reclamamos, en cierto sentido, aun para Rodó; sino que, desde este punto de vista de la representación genérica del escritor, la polémica, la sátira y otras formas personales, así no sea más que por su asunto, como también *la manera* de Montalvo, parecen de menor alcance que estotra caracterizada precisamente por su amplitud y universalidad.

a un grave y encendido amor de la verdad una sensitiva inteligencia de lo bello, fuese, a un tiempo, artista y hombre de pensamiento, personal y universal, sapiente y espontáneo, entusiasta y crítico; el escritor dueño de su cultura y de su personalidad, en quien aparezca tan egregio el don literario de la expresión, como lúcida y estricta la conciencia estética en la concepción; que ponga tanto escrúpulo en el detalle como medida y proporción en el conjunto, y sea tan responsable de cuanto dice como de cuanto calla: género el más raro y el más necesario, en países donde la falta de tradición clásica deja a cada uno entregado a la viciosa espontaneidad nativa.

Menos original en la manera, menos genial en el temperamento que Montalvo, en el sentido del candor y la alegría creadores; más cordial, más armonioso que Andrés Bello, Rodó, con ser tan europeo, y precisamente por serlo, es el literato que encarna con mayor pureza la civilización que vamos aprendiendo, la mente que vamos asimilando. Es por esto, en el sentido de un depurado casticismo, el escritor que mejor nos representa.

# Verdades de a puño

Selección de Eremita

## PROHIBICION

*El General Regalado prohibió la exportación de la plata (acuñada), pero todos sabemos lo que esas disposiciones significan. La prohibición quiere decir que un buen negocio ha sido descubierto, y que se establece un privilegio en favor de los amigos y compadres, vulgo panaguados. Y lo que decimos, de la plata, ha ocurrido también con el arroz, los frijoles, el tabaco, la panela, el ganado y todo lo exportable. La libertad comercial ha corrido parejas con todas las demás libertades.... La plata continuaba yéndose, unas veces a cara descubierta y en pleno día custodiada por la tropa—, que defiende de los rateros los robos de los grandes—, y otras veces de noche y subrepticamente, como Dios manda a los pequeños que hagan sus cosas si desean vivir tranquilos.*

## CAMBIO ALTO

*Convengamos en que a los productores de café y de otros artículos de exportación les convenga el alto cambio... Pero, ¿por qué los señores cafetaleros se creen seres privilegiados? ¿Los demás agricultores no producimos y no contribuimos tanto como ellos (y más que ellos) al sostenimiento y engrandecimiento del país?*

*Por mil quinientas caballerías cultivadas de café, y otras quinientas entre caña y maguey, quedan más de sesenta mil dedicadas a pastos, al cultivo de cereales, tabaco, explotación de maderas.*

*Suponiendo que cada salvadoreño no consuma de alimentos más de diez centavos oro al día,... resultaría un*

consumo anual de 50.000.000 de dólares—¿y por qué meten tanto ruido los cafetaleros con sus once o quince millones? ¿De dónde la pretensión de que los demás debemos sacrificarlos por ellos? A los ganaderos, a los que cosechan maíz, a los que venden leche o fabrican quesos, que somos como se ve la inmensa mayoría, nos conviene el cambio bajo... y lo mismo decimos del profesional, del funcionario, del industrial, del comerciante grande o chico, del artesano y del ganapán.

JOSÉ MARÍA PERALTA  
Salvadoreño

---

*Se trocaron los sombreros de Echegaray y Ayala, cuando éstos saltan de una reunión. El de Ayala se le metió hasta los hombros al señor Echegaray.*

*Y dijo Ayala muy regocijado:*

*—Señor don José, tengo más cabeza que usted.*

*—No señor, lo que usted tiene es más sombrero, replicó incontinenti, el sabio ingeniero.*

---

## Un artículo notable

Quiero mostrar el amenazador peligro que envolvería el descuidar la cuestión de Austria-Hungría. *La composición interior de Austria-Hungría ha sido el foco de todos los trastornos europeos, y continuaría siéndolo si en una o en otra forma se dejase subsistente a esta monarquía.*

El que se aventura a estudiar la llamada cuestión austriaca, debe ante todo liberarse de los prejuicios nacionalistas de las diferentes nacionalidades reunidas en el seno de la monarquía danubiana: la cuestión debe ser examinada desde el punto de vista europeo: conviene formarse una idea exacta de lo que, en pleno siglo xx, representa Austria-Hungría en Europa, y no deben olvidarse las peligrosas agitaciones y las implacables luchas que se derivan de su estructura especialísima.

Es preciso poner de relieve, que el problema de la existencia o de la desaparición de Austria-Hungría intere-

sa no sólo a Italia, a Serbia, a Rumania y a Alemania, sino también y en igual medida, a Francia, a Inglaterra y aun al resto de Europa y del mundo. Y ello es así, porque no se trata de un problema de política interior sencillamente, sino de una cuestión que, terminada la guerra, tendrá sobre la evolución histórica de Europa una cápital influencia.

Nadie puede negar, por ejemplo, que la democratización de Alemania es, no un problema de la política interior alemana solamente, sino que está estrechamente ligado al desarrollo histórico de todos los pueblos; e igual ocurre con la democratización de Austria. Hay sin embargo una diferencia, y es: que mientras en Alemania se llegaría en seguida al equilibrio al transformarse en democracia, gracias a su composición homogénea (1)—ya que su estructura, como Estado nacional, no contiene elementos que puedan hacer su democratización imposible,—en Austria-Hungría, *la disolución de su conjunto político en sus diversas unidades étnicas, debe ser considerada como una condición previa de la democratización de los pat- ses austriacos.*

Algunos ejemplos bastarán para precisar las ideas.

Admitamos que la parte austriaca del imperio habsburguiano se decida por una política de autonomías nacionales. Esto traería como consecuencia inmediata, que los croatas de Hungría se esforzarían por conseguir su unión con sus hermanos de Austria con el fin de poder gozar de los mismos derechos; y admitiendo que después de encarnizadas luchas la realizaran, ¿quién podría entonces impedir a los serbio-croatas que tendieran a una unión con Serbia, cuya constitución convendría más—con certeza—al carácter de su pueblo, que las medidas de transacción que Austria se vería obligada a adoptar sin satisfacer con ellas a nadie por entero?

E igual acontecería con los territorios italianos, cuyas tendencias autonomistas chocarían con la obstinada

(1) Con excepción naturalmente de Alsacia-Lorena, de los polacos y de los daneses.

resistencia de los pueblos de diferente lengua que se encuentran reunidos en las mismas provincias.

Sería, pues, fatal, que después de sangrientas luchas, y en medio de la inquietud permanente de Europa, se desarrollara y se cumpliera el mismo proceso que se desarrolló antes en el imperio otomano y que convirtió a los Balcanes en el centro de presión de Europa.

Si hubiese sido posible una solución del problema en este sentido, hubiéramos podido ya notar señales desde el año 1848 y observar su desenvolvimiento en los años que siguieron al 1870, y en cambio, lo que se ve es lo contrario precisamente.

Los últimos sucesos nos han demostrado, por ejemplo, que *la amnistía obtenida por las nacionalidades austriacas no era posible en Hungría*; para continuar haciendo avanzar el carro del Estado, se está obligado a recurrir constantemente al Artículo 14 (1), porque las disputas interiores hacen imposible todo trabajo constitucional común; *el Emperador ha subido las gradas del trono sin prestar juramento a la Constitución*;.... todo esto, porque la estructura íntima de este Estado reposa en su integridad única y exclusivamente sobre una base dinástica y militar. Toda reforma hecha en un sentido democrático tendría como efecto descuadernar, cuartear el conjunto político y acelerar su fatal disolución.... *Hé aquí por qué la disolución de Austria-Hungría es el único medio de hacer posible su democratización.*

Así, Austria es la única región de Europa cuya naturaleza se opone al movimiento progresivo de los obstáculos infranqueables, y por esto, constituye un terreno abonado en el que todos los hongos venenosos de la antigua Europa pueden crecer libremente: en ella se desarrolla plenamente, sin restricción alguna, el *patrioterismo* de las diversas nacionalidades, ofreciéndonos el espectáculo de procesos bien singulares, como el de las nacionalidades oprimidas que, para no sucumbir enteramente, se ven for-

(1) El Artículo 14 de la Constitución austriaca, permite suspender las garantías constitucionales, cerrar *sine die* el Parlamento y gobernar por decretos del Emperador. En la práctica es el más tiránico de los absolutismos.

zadas a combatir de la manera más violenta los derechos de las demás entidades nacionales.

De aquí resultan, porque ello lo engendra, las relaciones particulares de Austria-Hungría con los Estados vecinos. El hecho de que las diferentes unidades étnicas de Austria-Hungría se sientan atraídas por los Estados fronterizos a cuya nacionalidad pertenecen, hace que sólo sean posibles entre la monarquía y estos Estados, o una alianza o una hostilidad confesada. Alianza con el fin de aumentar su propio poder por una lenta penetración por medio de los hermanos de raza no liberados,—como ocurre con Alemania,—o bien lucha, para liberar a éstos y para alcanzar las fronteras naturales,—como Italia y Serbia.

La política austriaca ha podido así sostenerse hasta el momento de la guerra,—gracias a este método de alianza o de intimidación,—frente al extranjero que no se atrevía a atacar este avispero de la posibilidad ilimitada. Se utilizaba también a Austria-Hungría, como Estado «tampón» contra las tendencias imperialistas de los vecinos. *Pero esta situación en la política europea, no significa otra cosa que el eterno aplazamiento de la solución de un problema peligroso.*

Por eso es evidente, que el Estado cuya existencia está únicamente basada sobre principios que ha dejado ya muy atrás la evolución histórica de la humanidad, DEBE DESAPARECER PARA QUE NO CONSTITUYA EN LO SUCE-SIVO UN OBSTÁCULO PERMANENTE AL PROGRESO HUMANO.

Y no es posible aplazar nuevamente la solución de este problema, pues la actual lucha, persigue entre otros fines, el de resolver problemas que por temor de una guerra mundial habían quedado indecisos durante las últimas décadas, aunque la conciencia humana los hubiera ya condenado inexorablemente por su inmoralidad.

Mantener después de la guerra principios que han constituido el *motivo principal de su desencadenamiento*, sería un crimen de lesa humanidad. La guerra debe abrir un camino al libre y pacífico desenvolvimiento de las nacio-

nes y romper las ligaduras que nos atan a épocas y a sistemas que el progreso humano ha dejado a zaga en su conciencia.

*Austria que desde 1848 ha perdido su propia capacidad de existencia, hubiera dejado de existir desde ha largo tiempo si no se hubiera visto sostenida por todos los gobiernos europeos.* DEJARLA SUBSISTIR DESPUES DE ESTA GUERRA, COMO CONSECUENCIA DE UN MEZQUINO OPORTUNISMO POLITICO QUE SOLO CONOCEN Y APLICAN LOS GOBIERNOS, QUE NO LOS PUEBLOS, SERIA TRAICIONAR LA PAZ FUTURA.

¿Se pensará, sin duda, que este artículo es de un eslavo, de un italiano, de un francés o de un británico, *germanóphobo* rabioso, que con tal de servir a los intereses de su bando no duda en pedir el desmembramiento de Austria-Hungría, premisa necesaria para que el plan pangermanista de formación de la *Mittleuropa* fracase, y con él las aspiraciones alemanas en la guerra?

Pues bien, no, el artículo transcrito se ha publicado en la *Freie Zeitung*, órgano de los demócratas alemanes emigrados en Suiza, bajo la firma de *Siegfried Flesch*, publicista alemán, que revela un profundo conocimiento de la política austro-húngara, un espíritu ecuánime y justo, y una probidad de escritor digna de toda loa.

Jadrán, Agosto 1918.

---

## Anatomía Elemental

### REPRODUCCIÓN DE LAS CÉLULAS

Ya represente la célula un sér completo, o un miembro de una sociedad, y sea cual fuere en ésta el papel que desempeñe, su reproducción se efectúa siempre por el mismo procedimiento, el cual obedece a la necesidad de transmitir las propiedades hereditarias que caracterizan un individuo al punto, por ejemplo, de que podemos distinguir a un hombre de otro; propiedades hereditarias que, transmitiéndose de padre a hijo dan a éste último la semejanza, *pero no la identidad*, con el primero.

La CÉLULA *reproductriz* o la CÉLULA HUEVO cuya función es dar nacimiento a una *colonia* compuesta de grupos de diferente



especialización posee todas las propiedades hereditarias particulares de cada grupo. A medida que estos grupos aparecen en las colonias nuevas, cada uno recibe la herencia que le está reservada y que lo hará parecerse al grupo del mismo orden de la colonia madre: *la célula-huevo es la síntesis de las herencias, y está encargada de repartirlas.*

Pero no es la célula entera, lo que sirve de *substratum* a las propiedades hereditarias.

[*Substratum*—n. m.— Filosofía: Lo que forma la parte esencial del sér, *aquello* sobre lo que reposan las calidades.]

Parece hoy demostrado por una serie de observaciones y experiencias, sobre las cuales sería mucho insistir aquí, que es el *nódulo* (o núcleo o filamento cromático) solo, o casi solo, el que está encargado de la transmisión hereditaria. Al estudiar los fenómenos de la reproducción celular, lo veremos haciendo el principal papel.

La reproducción consiste en una división o bipartición de la célula y particularmente del *nódulo*. Quedó dicho que este *nódulo* está formado por un filamento inextricablemente arrollado sobre sí mismo. En la serie de fenómenos cuyo estudio vamos adelantando, todo tiende a una división del *nódulo*, igual en *cantidad* y en *calidad*. Desde la primera fase de la reproducción que se llama aún *división celular*, el filamento se desarrolla y es posible apreciar sus contornos; se desarrolla condensándose, fenómeno singular, gracias al cual la longitud del filamento disminuye. Cada vez los contornos de éste son menos complicados, y pronto, muy condensado y completamente desarrollado, se coloca al rededor de un centro ideal, en línea sinuosa pero regular; luego se fragmenta en partes iguales, en rayas cortadas, que pasan a la parte alta, convexas, de tal suerte que el resultado de la fragmentación es una serie de asas en forma de V cuyo vértice mira al centro. Este primer seccionamiento contribuye a asegurar una distribución igual de la sustancia nuclear, *substratum* de la herencia, para las dos células hijas que resultaron de la división. Pronto se produce el segundo seccionamiento: cada una de las asas se desdobra en sentido longitudinal, de tal suerte que las dos asas nuevas, superpuestas de dos en dos, y desplazadas lateralmente la una sobre la otra tienen la apariencia de una W.

En tanto que el *nódulo* es el asiento de esta serie de transformaciones, el corpúsculo que denominamos *centrosoma* se desdobra en dos centrosomas iguales; cada uno va a colocarse en las extremidades de un mismo diámetro de la célula en vía de división, y de la una a la otra se extienden filamentos muy tenues en número igual a las asas de que hablamos. El conjunto de estos filamentos, algo curvilíneos, forman un huso, el *huso de dirección*, cuyo origen es obscuro todavía.—ARADOR.

Continuará

# Rosas y el Doctor Francia

## I

D. Rufino Blanco Fombona, novelista, crítico y patriota venezolano, dirige actualmente en Madrid una empresa editorial (la «Editorial América») que hace grandes servicios a la cultura de ambos mundos. En colecciones diferentes ha publicado muy buenas obras, ya antiguas y de difícil adquisición, ya de autores nuevos y famosos. Entre los últimos volúmenes de la colección de «Ciencias políticas y sociales», hay uno que acabo de leer con singular provecho. Titúlase *Rosas y el Doctor Francia (estudios psiquiátricos)* y es su autor D. José M. Ramos Mejía, «presidente del Consejo Nacional de Educación en la República Argentina».

\*

De que Rosas y Francia vivieron, y de sus inauditas acciones, no pueden caber dudas. Todavía hay quienes recuerdan el terror con que sus padres, y ellos mismos en la niñez, pronunciaban el nombre de «Su Excelencia el Doctor Francia» (en la pila bautismal José Gaspar Rodríguez), «Excelentísimo Supremo Dictador del Paraguay», o según le agradaba a él que lo llamaran otras veces, «el Supremo» y «el Gobierno». Murió en el año 1840. Y existen todavía quienes sufrieron en Buenos Aires los horrores de *la mazorca* y escaparon milagrosamente de la furia homicida del «Ilustre Restaurador» Don Juan Manuel Rosas, el cual milagrosamente alcanzó hasta 1870. ¿Cómo es posible que estos dos hombres, sin haber heredado el poder, ni realizado siquiera grandes hazañas militares, se mantuvieran largos años disponiendo a su antojo de los bienes, las vidas y el honor de sus compatriotas, y cometiendo las arbitrariedades, abusos y violencias más horribles? Pregunta semejante se ha hecho no pocas veces para sospechar de la veracidad de Tácito, Suetonio y los otros historiadores de la decadencia de Roma. ¿Cómo es posible, se ha dicho, que Tiberio, Nerón, Claudio, Caracalla, Heliogábalo y los Césares que han sido oprobio de nuestra especie, llegaran a extremos tales de crimen y locura con el consentimiento, casi con la complicidad, de toda su nación? Si enorme fué su infamia, peor, mucho peor, resulta la vileza de los romanos. América, sin embargo, ha venido a demostrar que esas tiranías son posibles y que los pueblos, sin compartir la perversidad de sus déspotas, se someten a ellos resignadamente. Rosas, aunque expulsado al fin (tal vez porque no tuvo

el valor de defenderse con bríos) murió en Inglaterra a los 84 años, bajo la protección tranquila de la libertad que tanto odiaba. Francia falleció más viejo aún, a los 90 años, de achaques seniles, en su palacio de la Asunción, y hasta con el sentimiento, según parece, del Paraguay. ¿Por qué extrañarnos que hubiera quienes lloraran a Nerón, y esparcieran, según nos refiere Tácito, flores sobre su tumba?

No fueron tampoco Francia y Rosas los únicos tiranos feroces en el Nuevo Mundo. Sin referirnos a otros ejemplos, muy notorios y recientes, sin recorrer la historia desgraciadísima de todas las repúblicas hispano-americanas, cabe recordar que el sombrío García Moreno, el cruel restaurador del Santo Oficio, aunque pereció violentamente, tuvo, también, quienes enaltecieran su memoria. La tiranía es un producto normal, no un fenómeno extraordinario, de la naturaleza humana, y bien lo prueba, además de que existen multitudes que doblan sumisas la cerviz a su yugo, la admiración entusiasta que los tiranos inspiran hasta lejos del escenario de sus proezas. Ignoro si Rosas ha tenido defensores dentro o fuera de la Argentina. Pero García Moreno ha sido ensalzado no sólo en Quito, sino en París, por la pluma de Luis Veuillot, y el apologista más ilustre del Doctor Francia no fué un *sinsonte* de las orillas del Plata caudaloso, sino el biógrafo de Schiller y Federico el Grande, el creador del culto literario a los héroes y al heroísmo, el inspirado historiador de la Revolución Francesa, Thomas Carlyle.

El señor Ramos Mejía no hace mención en su erudita obra del curioso artículo de Carlyle sobre el Dr. Francia, publicado en la *Foreign Quarterly Review* a los tres años de la muerte del último. Pero le han servido para su trabajo libros y documentos que sirvieron también a Carlyle; sobre todo, el ensayo histórico, en francés, del año 1827, sobre «La revolución del Paraguay y la dictadura de Francia», por los señores Rengger y Longchamp, y los varios volúmenes en inglés de J. P. y W. P. Robertson, de 1839. ¡Cuánta diferencia, no obstante, entre las conclusiones que de los mismos hechos sacan los dos críticos! En el retrato de Francia, por Carlyle, el dictador aparece, sin embargo de su tiranía, un hombre de buenos deseos, probo, austero, no exento de generosidad, y celoso de los intereses de su país, aunque movido en ocasiones a duras extremidades por necesidad imprescindible. Si Carlyle no aprueba todos los procedimientos de Francia, parece disculparlos, y está muy lejos de creer, como el escritor argentino, que fué un loco atacado de la manía de persecución y del delirio de grandezas.

Líbreme Dios de comparar al Sr. Ramos Mejía con Carlyle. Por su genio vigoroso, su elevación sublime, su penetración profunda del alma humana, el autor de *Sartor Resartus* es inmortal entre los artistas literarios del siglo XIX. Pero el señor Ramos Mejía, sin ser un Carlyle, puede tener razón frente a Carlyle, e indudablemente la tiene. Su mentalidad, aunque latina, no es apasionada; su juicio es

recto, su imparcialidad innegable. Hombre de ciencia y amigo de la libertad, no se ha contaminado del «*morbus democráticus*»—frase de Brière de Boismont que cita él mismo—ni tampoco del «*morbus tyránicus*.» Entre los arrebatos de la anarquía y las crueldades del despotismo, sabe mantenerse ecuánime a distancia de ambos extremos. Su opinión sobre el Dr. Francia no se inspira en ninguna pasión de partido. Es el resultado lógico de su examen de los hechos, a la luz de la Psiquiatría, con todo el interés, pero también con toda la serenidad, del médico que estudia un caso clínico.

Carlyle, en cambio, tiene una mentalidad alemana, rectilínea, violenta, injusta, incapaz de ver más de un solo aspecto de los hombres y de sus acciones. Es el único gran escritor inglés moderno al que los alemanes han exceptuado ahora de sus censuras. Si Carlyle hubiera podido vivir hasta 1914—desde luego sería muy improbable habiendo nacido en 1795—¿quién duda que sería germanófilo, o al menos de esos *neutrales* que miden con la misma vara y guardan igual respeto a los alemanes y a los belgas? Si no resultara evidente de sus libros, bastaría para probarlo su actitud contra el pueblo francés en 1871. Su benévola opinión sobre el Dr. Francia no debe extrañar, por tanto, y menos después de la admiración que le producían las monstruosidades de aquel otro criminal vesánico llamado Federico el Grande de Prusia. ¡Terrible efecto del «*morbus tyránicus*» sobre las inteligencias más preclaras! Carlyle que comenzó admirando la fuerza, terminó adorándola en todas sus manifestaciones. ¿Cómo no iba a ser indulgente y bondadoso para el Dr. Francia, si creía en la buena fe de Federico, y hasta en la veracidad de Mahoma? El Sr. Ramos Mejía puede sentirse orgulloso en este caso de su discrepancia con un genio.

La sabia e interesante obra del presidente del «Consejo Nacional de Educación de la República Argentina», no es un estudio histórico sobre los gobiernos de Rosas y Francia. Se ha limitado a probar que estos fueron dos locos, merecedores, no de ejercer la jefatura suprema del Estado en sus países respectivos, sino de reclusión por vida en un manicomio. Esas pruebas son indiscutibles, aunque, tal vez, el ejercicio de la tiranía desarrollara la enfermedad que, de otro modo, hubiera permanecido latente en ambos. Carlyle, sin embargo, ante los hechos que refieren cuatro testigos presenciales del Gobierno del Dr. Francia—los señores Rongger y Longchamp, y los hermanos Robertson—observa que han conducido a muchas personas en Inglaterra a meditar sobre las desventajas de los gobiernos constitucionales.

El Gobierno del Paraguay era constitucional y el país se encontraba en el mayor desorden. Francia suprimió la constitución, y el país entró en un orden perfecto, en una paz profunda. Tan profunda, que nada más parecido a la muerte. Se aisló del resto del mundo y el mundo se olvidó de que Para-

guay existía. Nadie podía entrar en los dominios del Supremo Dictador, sin permiso de «Su Excelencia». Nadie podía salir—lo que era mucho más difícil que entrar—sin el propio permiso. Nadie podía levantar la vista del suelo cuando pasara cerca del palacio, en la Asunción, y mirar hacia las ventanas de «Su Excelencia». Este delito se castigaba con la pena de muerte. La misma pena se aplicaba a todo el que se permitía hacer una censura al «Gobierno,» o a sus empleados; y en el palacio aquél, junto a la habitación de dormir de «Su Excelencia», funcionaba la «Cámara de la Verdad», donde sus verdugos, bajo su dirección y con su consulta en casos difíciles, aplicaban tormentos que harían palidecer a Torquemada, a los acusados del crimen espantoso de no creer que el Paraíso se encontraba precisamente en el Paraguay.

Prisioneros innumerables gemían en las cárceles—¡y qué cárceles!—sin esperanzas de libertad mientras el Dictador viviera, y ya sabemos que fué casi centenario. Sufrían por causas diversas; uno, por ejemplo, por haber sido en su juventud rival afortunado del Doctor Francia; otro por haber echado de su casa a «Su Excelencia» (antes de soñar en que sería Dictador, naturalmente) llamándole «mulato». «Su Excelencia» tenía muy buena memoria. Para gobernar de esa manera, no necesitaba él de cámaras, ni de ministros responsables, ni de secretarios de despacho. Bastábale su *fiel de fecho*, nombre que daba al cargo de un tal Patiño, secretario, escribiente, ministro y verdugo, todo en una pieza, y por añadidura patizambo, con las piernas tan gordas que andar le era difícil. Refiriéndose a su lentitud en la marcha, el Dictador solía decir con profunda convicción que «para dar a estos pueblos libertades, hay que ir con las piernas de Patiño». ¿Y no estaba en lo cierto? Ahí tenemos al gran Carlyle demostrando que aquel régimen es preferible a todas las constituciones....

(Continuará)

---

## De Sobremesa

El año 1909 que, con tan buen éxito, hemos tenido el gusto de representar, no ha querido despedirse sin dejar una memorable fecha en la historia de las grandes catástrofes.

Estos cataclismos, superiores a todas las previsiones humanas, son los únicos que tienen virtud para hacernos pensar en la muerte, como en algo ineludible.

Todos sabemos que hemos de morir; pero con dichoso optimismo, todos nos creemos capaces de aplazar ilimitadamente el pago de ese vencimiento. Todos nos creemos lo bastante listos y somos lo suficiente desagradecidos, para estimar que son nuestra prudencia y nuestro orden de vida lo que prolonga nuestra estancia sobre la tierra, cuando en verdad, debiéramos agradecer como un indulto, cada hora de nuestra vida.

Nótese, que en el fondo, sentimos cierto desprecio por los que tienen la imprudencia de recordarnos con su muerte que también nosotros somos mortales. El que de puro viejo está ya con un pie en la sepultura, como suele decirse, denigra y vilipendia a sus contemporáneos, según van cayendo...

—Fulano murió ayer a los ochenta años.—¡Si no se cuidaba nada! ¡Si no hacía más que disparates! Ya vé usted yo qué bueno estoy con mis ochenta y cuatro. Pero es que yo me cuido...

Esto el que se cuida, que el descuidado, atribuye a su misma despreocupación la buena salud de que disfruta.

Y así todos; el sobrio achacará la muerte del vicioso a los excesos, y el vicioso achacará la muerte del bien ordenado a su pazguatería. El que de continuo callejea y pasea, y trisca, se reirá del que no sale de casa sin consultar barómetros y termómetros y disponer el abrigo de su cuerpo en consecuencia. Este dirá del otro: ¡Anda, anda, toma ejercicio y aires de invierno y calores de verano!

No digamos si la causa de una muerte fué por enfermedad crónica, accidente de viaje, ya sea en ferrocarril, automóvil o aeroplano, lance de honor o asesinato. Entonces sobre el muerto se desatarán los mayores denuestos: ¡Falta de higiene, imprudencia, locura, la vida que llevaba, la que dejó de llevar!... Crean ustedes que vivir sin dar lugar a murmuraciones es muy difícil, pero morir, sin exponernos a ellas, es casi imposible.

Sólo muriendo en uno de esos trastornos de la Naturaleza, podemos ir relativamente seguros de que no dará qué decir nuestra muerte.

Esas cosas sí, le ponen a uno serio. ¡Caramba! ¡Terremotos, volcanes, la tierra que se abre, el cielo que se viene abajo...! Para eso no hay prudencia, ni vida ordenada, ni preceptos higiénicos que valgan... Eso nos puede suceder a todos y entonces no hay más remedio que morirse. Por eso estas catástrofes nos conmueven a todos. Después de leer el trágico relato, nadie se considera inmortal. Ni siquiera cabe el consuelo de culpar a los gobiernos, como en caso de epidemias, guerras y otras calamidades de tejas abajo.

No hay idea del trastorno moral producido en algunos espíritus ante un «Morir tenemos», anunciado en tan expresiva forma. Durante tres o cuatro días, el avaro se siente capaz de inusitadas generosidades. ¡Es triste cosa morirse sin haber disfrutado de nada! Y se compra su purito de quince o se regala con su café con media tostada. El malhumorado dulcifica su carácter: ¡No vale la pena de tomarse disgustos! La novia pudorosa se muestra más propicia a ciertas expansiones... ¡Mañana pudiera haber un terremoto!

Por fortuna, la idea de la muerte es pasajera y sólo ante un cataclismo de cielo y tierra, imprevisto, inevitable, consigue imprimirse por algunos días en nuestro pensamiento.—¿Han visto ustedes, qué horror!—Ya, ya... ¡una cosa horrible!...

A los pocos días nadie se acuerda y todos volvemos a creernos inmortales y a pensar que sólo se mueren los que no viven como nosotros, los que hacen locuras y cometen imprudencias.

\* \* \*

Yo no sé cómo ha podido decirse que el Cristianismo es una religión de tristeza y que el ejercicio de sus virtudes exige todo género de mortificaciones. La Caridad, por lo menos, cuando con motivo de alguna gran desdi-

cha pública se manifiesta, reviste el aspecto más regocijado. Funciones teatrales, fiestas de toros, bailes, rifas... Los paganos, con su alegre religión, solían mostrarse más austeros y entristecidos en estas ocasiones. Muy dormida debe de estar caridad que ha menester de todo ese cosquilleo para avivarse; un severo duelo y una noble tristeza sentarían mejor al ofrecer la dádiva. No es esto murmurar, y siendo milagro tan dificultoso el de sacar dinero y el dinero tan empecatado, sin duda es éste de los milagros en que puede estar más admitida la intervención diabólica. Pero, conste, que no hemos adelantado mucho desde los tiempos—primeros años de la Era Cristiana—en que los fariseos repartían sus limosnas a son de trompetas. En fin, ya que la Caridad en todo tiempo es más eficaz cuanto más sonada, quiera Dios que por esta vez, no sea más el ruido que las nueces: que no sea todo el metal el de las trompetas.

JACINTO BENAVENTE

---

## Un episodio nacional francés

En 1913, un año apenas antes de estallar la gran guerra. Acababa de votarse el restablecimiento de la ley de 3 años de servicio militar. Algunas guarniciones manifiestan su descontento al verse así retenidas por un tercer año. CLEMENCEAU se dirige a uno de los soldados que hablan de paz y de desarme:

¿Precisa que alguno comience, dices? Pues no: hay que ser dos al menos, para comenzar. Mientras tú te desarmas, ¿no oyes el ruido de los cañones del otro lado de los Vosgos?... ¡Alerta, entonces! Llorarías toda la sangre del corazón sin poder expiar tu crimen. Atenas, Roma—las dos cosas más grandes del pasado—fueron barridas de la tierra el día en que desfalleció el centinela, como comienzas a hacerlo. Y tú, la Francia tuya, tu París, tu aldea, tu campo, tu camino, tu arroyo, todo ese tumulto de historia de que sales, puesto



que es la obra de tus mayores, ¿todo ello no es nada para tí, y vas, sin sobresalto, a entregar el alma de que está amasada tu alma, al furor del extranjero? Sí. Dí, pues, qué eso es lo que quieres; atrévete a decirlo, para que seas maldecido por los que te han hecho hombre y seas deshonrado por siempre jamás.

¡Ah! ¡Te detienes! ¿No habías comprendido, no sabías?.... Te piden un sacrificio más duro de lo que pensabas.... Eso es todo: un aumento de esfuerzos.... ni más ni menos que el exigido a otros que se habrían creído sin embargo indignos de la Patria si hubiesen murmurado. ¡Y bien, no olvides que no es todavía bastante! Un día, en plena florescencia de bellas esperanzas, dejarás a tus padres, a tu mujer, tus hijos, todo cuanto amas, todo cuanto te aprieta el corazón, y te irás, cantando cual saliste hacē dos años, pero cantando otra canción, con hermanos—, con verdaderos hermanos esta vez—, al encuentro de la muerte horrenda que segarā vidas humanas en espantoso huracán de hierro. Y volverás a ver en ese momento supremo, en un rayo de luz, todo lo que se resume en esta palabra tan dulce: el país! Y tu causa te parecerá tan hermosa, te sentirás tan orgulloso de darlo todo por ella, que, leve o mortalmente herido, como caigas, caerás feliz.

E. J. R.

056  
c691e

*Opusculo*

*No. 557*

e.r.

# EOS



**Tomo VIII = Precio: 15 CÉNTIMOS = Cuaderno 114**

Administración:  
7.ª Avenida, Este, 42  
San José, C. R.

# EOS

Propietarios:  
- Falcó y Borrásé -  
Apartado 638

APUNTES Y RECORTES

¡NO OLVIDEMOS!

## Disertación de Ruy Barbosa

en la Facultad de Derecho de Buenos Aires, al terminar el 2º año de guerra, el 14 de julio de 1916.

(Abreviada por E. J. R.)

El ilustre estadista brasileño Ruy Barbosa ocupa un lugar sin igual en América. De Norte a Sur, no descubrimos ninguna figura más alta, más simpática y más cargada de méritos. El predominio del elemento civil en la sociedad de los individuos y en la sociedad de las naciones: tal ha sido el propósito de su larga y gloriosa actividad: esfuerzos por la abolición de la esclavitud en el Brasil, por la organización popular de la enseñanza, por la libertad religiosa, por la pureza electoral, por la implantación de los tribunales de arbitraje internacionales, por la unificación de la moral, por la igualdad jurídica de todos los Estados, etc.

### I

Mientras en aquel concilio de los pueblos (1), con el concurso de todas las naciones constituídas, suponíamos estar codificando los usos internacionales, que el consenso unánime de la sociedad santificaba, el medio moral del siglo estaba disolviéndose, ya desde largos años, desde el tercer cuarto del siglo anterior, por un sordo trabajo de adaptación a los intereses que habían de estallar en este conflicto y con él sacudir hasta sus fundamentos la máquina de la tierra.

El cataclismo actual, antes de acabar su preparación en las forjas de cañones, comenzó a ser preparado en el aire que las conciencias respiran. Los grandes exterminios

(1) El de La Haya.

de hombres por las epidemias, nos vienen de la atmósfera envenenada y de los gérmenes imperceptibles y homicidas que se nos introducen en las venas. Fué análogamente con una profunda saturación atmosférica de venenos mortales y con una vasta difusión de parásitos malignos, como se dispuso el mundo para la irrupción del flagelo cuya crueldad debía ahogarlo en desgracias. Antes que saliera de las fábricas de armamentos, de los cuarteles y de los estados mayores, esta guerra tenía acumulados los fluidos que vendrían a animarla, en los libros, en las escuelas, en las academias, en los laboratorios del pensamiento humano. Para entrar en lucha con la civilización, la fuerza había comprendido que era preciso constituirse en filosofía adecuada, corrompiendo las inteligencias antes de subyugar las voluntades.

Las doctrinas preceden a los actos. Los hechos materiales emanan de los hechos morales. Los acontecimientos resultan de un ambiente de errores o verdades. La guerra, bajo la cual se debate la Europa mutilada, tuvo por origen un montón de teorías disformes y virulentas, que, durante medio siglo, en las regiones más acreditadas por su cultura, llenaron los libros de los filósofos, de los historiadores, de los publicistas, de los escritores militares.

Los profesores, los periodistas, los tribunos, son, hoy, los que siembran la paz o la guerra. Las bocas de fuego suceden a las bocas de la palabra. La pluma prepara el campo a la espada. Voltaire, repartiendo el mundo entre las tres naciones más cultas de su época, daba a una el dominio de la tierra, a otra el de los mares, a la tercera el de las nubes. Pero, si es en las nubes donde habitan los metafísicos, los ideólogos, los utopistas, también de esas alturas, donde se condensan emanaciones de ideas, puede llover sangre.

No fué, sin embargo, desde las nubes de donde se predicó, en nuestros días, el evangelio de la guerra. Fué desde las cátedras donde se proporcionaba la instrucción a la juventud, donde los sabios hablaban a los sabios, don-

de la historia dictaba sus oráculos a las escuelas, donde se daba a los ciudadanos la lección del deber, a los gobiernos la de la soberanía, a los soldados la de la obediencia, a los generales la del mando.

Era desde ahí de donde uno de los más autorizados maestros de la ciencia nueva profesaba estas enseñanzas:

«La guerra es la ciencia política por excelencia. Probado está, muchas y muchas veces, que sólo por la guerra viene un pueblo de veras a ser pueblo. Sólo en la práctica en común de actos heroicos en bien de la patria, una nación logra tornarse, real y espiritualmente unida». «Los civiles han emasculado la ciencia política» desconociendo que la guerra es la segunda función del Estado. Los pueblos más civilizados son los que mejor pelean, y esta «es la cosa principal de la historia». La grandeza depende más del carácter que de la educación; y es en los campos de batalla donde se forma el carácter.

Así dogmatiza el historiador, el catedrático oficial. ¿Oiremos después al filósofo? «La guerra,» dice él, «es la divinidad que consagra y purifica los Estados.... Una buena guerra santifica todas las causas. Contra el riesgo de que el ideal del Estado se corrompa en el ideal del dinero, el único remedio está en la guerra, y, todavía una vez, en la guerra.»

¿Queréis escuchar ahora al estratega, al general, al jefe de ejércitos? Escuchadlo: «Sin la guerra, las razas inferiores y faltas de moral, rápidamente eliminarían a las razas sanas y longevas. Sin ella el mundo acabaría en una decadencia general. La guerra es uno de los factores esenciales de la moralidad.»

¿No basta? Atended todavía: «El peor de todos los errores, en la guerra, es el mal entendido espíritu de benevolencia.... Porque aquel que usa de su fuerza inexorablemente, sin medir la sangre derramada, llevará siempre ventaja grande sobre el adversario, si éste no se conduce del mismo modo. La estrategia regular con-

siste, sobre todo, en descargar sobre el ejército del enemigo los más terribles golpes que se pueda, y después, en causar a los habitantes de su territorio sufrimientos tales, que los obliguen a desear con ansiedad la paz, y reduzcan a su gobierno a pedirla. A las poblaciones no se les debe dejar sino los ojos, para llorar la guerra.»

Un general de los que han sido elevados a la notoriedad por esta guerra, formula en síntesis expresiva la ley de esa alquimia moral, que transforma en rasgos de clemencia las más bárbaras impiedades. «Dureza y rigor,» dice, «se convierten en lo contrario, desde que con ellas se logre inculcar al adversario la resolución de suplicar la paz.» «El país sufre,» decía uno de los héroes de la tragedia, filosofando sobre las agonías de una región condenada al hambre. «La población está hambrienta. Es deplorable; pero es un bien. No se hace la guerra con sentimentalidades. Cuanto más implacable sea, más humana será, en substancia, la guerra. Los medios de guerra que más pronto impongan la paz, son y han de ser, los más humanos.»

Y como, según uno de los artículos de ese credo, «lo justo se decide por el arbitraje de la guerra, pues las decisiones de la guerra son biológicamente exactas, puesto que todas ellas emanan de la naturaleza de las cosas;» como, en consecuencia, siendo la misma guerra el criterio de la guerra, siendo ella quien se juzga a sí misma, la sentencia de las armas constituye la expresión ineluctable de la justicia, toda la historia venidera de los hombres ha de resumirse en una palabra: invasión. Invasión obtenida por la fuerza o repelida por la fuerza. Invasión ejercida contra la flaqueza y tolerada por la flaqueza, visto que, en la ley proclamada por los oráculos de la nueva cultura, la guerra es el procedimiento de legítima expropiación de las razas incapaces por las capaces. Por la guerra nos salvaremos, o nos extinguiremos por la guerra. Hé ahí el dilema en cuyos dos extremos la guerra, como principio de todas las cosas, se desploma sobre nosotros con el peso de su fatalidad inevi-

siste, sobre todo, en descargar sobre el ejército del enemigo los más terribles golpes que se pueda, y después, en causar a los habitantes de su territorio sufrimientos tales, que los obliguen a desear con ansiedad la paz, y reduzcan a su gobierno a pedirla. A las poblaciones no se les debe dejar sino los ojos, para llorar la guerra.»

Un general de los que han sido elevados a la notoriedad por esta guerra, formula en síntesis expresiva la ley de esa alquimia moral, que transforma en rasgos de clemencia las más bárbaras impiedades. «Dureza y rigor,» dice, «se convierten en lo contrario, desde que con ellas se logre inculcar al adversario la resolución de suplicar la paz.» «El país sufre,» decía uno de los héroes de la tragedia, filosofando sobre las agonías de una región condenada al hambre. «La población está hambrienta. Es deplorable; pero es un bien. No se hace la guerra con sentimentalidades. Cuanto más implacable sea, más humana será, en substancia, la guerra. Los medios de guerra que más pronto impongan la paz, son y han de ser, los más humanos.»

Y como, según uno de los artículos de ese credo, «lo justo se decide por el arbitraje de la guerra, pues las decisiones de la guerra son biológicamente exactas, puesto que todas ellas emanan de la naturaleza de las cosas;» como, en consecuencia, siendo la misma guerra el criterio de la guerra, siendo ella quien se juzga a sí misma, la sentencia de las armas constituye la expresión ineluctable de la justicia, toda la historia venidera de los hombres ha de resumirse en una palabra: invasión. Invasión obtenida por la fuerza o repelida por la fuerza. Invasión ejercida contra la flaqueza y tolerada por la flaqueza, visto que, en la ley proclamada por los oráculos de la nueva cultura, la guerra es el procedimiento de legítima expropiación de las razas incapaces por las capaces. Por la guerra nos salvaremos, o nos extinguiremos por la guerra. Hé ahí el dilema en cuyos dos extremos la guerra, como principio de todas las cosas, se desploma sobre nosotros con el peso de su fatalidad inevi-

table. Guerra, o guerra. Guerra en acción o guerra en amenaza. Lucha contra la guerra inminente o guerra declarada. Sujeción a la guerra, o exterminio por la guerra.

Las consecuencias del terrible argumento son irrecusables. Lo esencial ahora al hombre no es aprender a pensar, a sentir, a querer de acuerdo con esos mandamientos que las creencias de nuestros padres nos habituaron a considerar sagrados, que nuestros propios instintos nos dictarían por sí solos, que el primer balbuceo de la razón naciente nos enseña por la voz del corazón, que nos llevan a respetar la infancia, la vejez, la debilidad, el infortunio, la virtud, el talento. No: lo esencial, ahora, no es amarnos los unos a los otros, como nos prescribía el antiguo Dios de los cristianos, atacado hoy en sus templos, bombardeado en sus catedrales, profanado en sus imágenes, fusilado en sus sacerdotes. No: lo esencial es que nos esforcemos para ver quién se distinguirá más en las artes sublimes de espiarnos unos a otros, de asaltarnos, de espoliarnos, de fusilarnos, de traicionarnos, de invadirnos, de mentirnos, de extinguirnos.

De ahí la más absoluta inversión de lo que se llama derecho internacional. Si la guerra es la piedra de toque de lo justo y de lo injusto, el arbitraje de lo lícito y de lo ilícito, la instancia inapelable del derecho entre las naciones, la guerra es la razón, la absolución, la canonización de sí misma. De ahí el principio de que la necesidad, en la guerra, sobrepuja a todas las leyes divinas y humanas. Dos elementos componían el derecho internacional: la contraposición de un código de leyes a la doctrina de la necesidad en la guerra, y la limitación de las exigencias de la necesidad en la guerra, por las normas de la humanidad y la civilización. Es con eso justamente con lo que se acaba declarando perentoriamente que «la necesidad en la guerra prevalece sobre los usos de la guerra».

¿La ley de la necesidad en la guerra manda que se traicionen los tratados? Se traicionan. ¿La ley de la necesidad en la guerra exige que se viole la neutralidad? Se



viola. ¿La ley de la necesidad en la guerra quiere que se echen a pique navíos neutrales, ahogando pasajeros y tripulantes? Se echan a pique, se ahogan. ¿La ley de la necesidad en la guerra aconseja que se maten ciegamente viejos, mujeres y niños, lanzando bombas sobre las poblaciones dormidas, en ciudades pacíficas e indefensas? Se matan.

Para llegar a esta moralidad, no valía la pena de atravesar veinte siglos de cristianismo. Mucho antes de la era cristiana, en la República de Platón, ya el cinismo de Trasímaco afrontaba la lógica de Sócrates, diciéndole «yo proclamo que la justicia no es sino el interés del más fuerte.» Pero el mismo Sócrates nos cuenta que, al discutir esta proposición, vió en el sofista lo que nunca le viera. Lo vió ruborizarse. Otro tanto nos sucederá tal vez con los de nuestros días, bien que las paradojas del griego no derramaban sangre, mientras que las del militarismo actual cubren de luto el mundo.

\* \* \*

La misma corriente de ideas que pone, en las relaciones internacionales, la guerra por encima de todas las leyes, empezará por colocar, en las relaciones internas, al Estado por encima de todos los derechos. El culto del Estado precedió al culto de la fuerza militar, la estadolatría a la estratolatría. Vuestro Alberti escribió un excelente panfleto sobre «La omnipotencia del Estado,» encaráda allí como «LA NEGACIÓN DE LA LIBERTAD INDIVIDUAL.» Pero en las doctrinas que hoy apestan y deshonoran la inteligencia humana, la religión del poder lo sublima aún más alto: según ellas, planando en una región de arbitrio sin fronteras, el Estado, alfa y omega de sí mismo, existente por sí propio y a sí propio suficiente, es «superior a todas las reglas morales.» Ampliado a muchos diámetros, el superhombre nos da el superestado, el Estado exento de los frenos y contrapesos a que la democracia y el sistema representativo lo someten, en los gobiernos limitados por el elemento parlamentario o por las instituciones republi-

canas. Y, entendido así, viene el Estado a ser una entidad «independiente del espíritu y de la conciencia de los ciudadanos.» Es un organismo amoral y depredatorio, «empeñado en sobreponerse a los otros Estados mediante la fuerza.» No tiene para regirse sino su voluntad y su soberanía.

El sistema, al presente, está completo: en la política interior, la fuerza traducida en la razón de Estado; en la política exterior, la fuerza ejercida por la guerra. En las relaciones internas dos morales: una para el individuo, otra para el Estado. Dos morales, igualmente, en las relaciones externas: una para los Estados militarmente robustos: otra para los Estados militarmente débiles.

Para autorizar este retroceso a las edades primitivas, fué necesario cantar en todos los tonos las virtudes civilizadoras de la guerra, negar el alto valor de los pequeños Estados en el desarrollo y en el equilibrio del mundo, reivindicar exclusivamente para las teorías del predominio de la fuerza el carácter de exequibilidad, negando la eficacia de las sanciones morales en las relaciones entre los pueblos. Pues bien: ninguna de esas tres pretensiones consulta la verdad ni se mantiene ante el sentido común.

Poner en duda, hoy, la autoridad de la moral en el derecho de gentes, es borrar de un golpe veinte siglos de progreso cristiano. Las conferencias de Ginebra y de La Haya lo revistieron de formas positivas, que los terremotos internacionales lograrán trastornar pasajera y victoriosamente, pero de los que han de salir renovadas y victoriosas. En La Haya, cuarenta y cuatro potencias deliberaron sobre el derecho internacional, sujetándolo a una vasta codificación de estipulaciones, que se comprometieron a observar.

Si esas normas han sufrido últimamente transgresiones violentas, no es porque sean abstracciones vanas. En la existencia interior de cada Estado también se quiebran a menudo las leyes nacionales; y, si la condición habitual de ella no es la de ser burlada por la fuerza constantemente, esta ventaja se debe al mecanismo tutelar de la justicia más o menos bien organizada en todas las constituciones. Es lo que está aún por organizar, pero no será imposible que se organice, quizá más de prisa de lo que se piensa, entre las naciones independientes. Mientras tanto, sin embargo, fuerzas morales existen que, si no abrigan a los pueblos contra las contingencias de la guerra, mantienen, por lo menos, en torno y arriba de ésta un conjunto de restricciones e imposibilidades, opuestas a los excesos extremos del militarismo desencadenado.

No se diga, pues, como se ha dicho, que en la esfera donde se agita la política de las potencias mayores, las nociones usuales de la moral doctrinaria no se acogen sino después de alteradas por una grosera liga de egoísmo. No hay dos morales: la doctrinaria y la práctica. La moral es una sola: la de la conciencia humana, que no vacila en discernir entre el derecho y la fuerza. Los intereses pueden obscurecer transitoriamente ese órgano de la visión interior: pueden obscurecerlo en las relaciones entre los pueblos, como en las relaciones entre los individuos, en el comercio entre los Estados como en el comercio entre los hombres, en los gobiernos como en los tribunales, en la esfera de la política internacional, como en la de los códigos civiles y penales. Pero tales perturbaciones, tales anomalías, tales crisis, no prueban que no exista en nosotros, individual o colectivamente, el sentido de la moralidad humana, o que sean sus fórmulas meras teorías.

No es a la nuestra, pues, que cabe el calificativo de moral teórica. La baja liga del egoísmo entra en casi todos los negocios humanos, y el riesgo de ser anulada la ley por la fuerza, es común a todos los dominios de nuestra voluntad, individual o colectiva. Eso, sin

embargo, no demuestra que el mundo real se reduzca todo él a violencia y arbitrariedad; y tanto no es así que, puestos en ese terreno, los conflictos entre los pueblos son insolubles. La propia victoria de las armas, cuando no correspondé a la justicia, no los dirime sólidamente: apenas se sofocan, se aplazan, para, ulteriormente, renacer en nuevas guerras. Si la de 1870 no hubiese tomado a Francia la Alsacia y la Lorena, no habría perpetuado entre los vencidos el sentimiento de la revancha, entre los vencedores el de la conquista. Sólo la moral, por lo tanto, es práctica. Sólo la justicia es eficaz. Sólo las creaciones de una y otra perduran.

\* \* \*

«La sociedad humana—escribía el año pasado un autor americano de los más notables—no puede estribar en última apelación, en la fuerza. Cuando en una elección los republicanos votan, excluyendo del poder a los demócratas, ¿en que se fían ellos para estar seguros de que los demócratas entregarán el poder? En el ejército y en la marina, diréis. Pero quien manda en el ejército y en la marina, quien dispone de esos instrumentos de poder, son los demócratas, que están en el gobierno. No hay otra seguridad de que los demócratas bajen de él y entreguen esos instrumentos de poder, no hay otra, sino el acuerdo, la convención existente en las leyes. Si ellos no respetasen ese acuerdo, los republicanos levantarían un ejército de insurgentes, para arrojar del gobierno a los demócratas, precisamente como ocurre en ciertas repúblicas sudamericanas; obtenido lo cual, ocuparían el poder hasta que los demócratas a su vez reuniesen otro ejército. De modo que la suerte reservada a los norte-americanos sería la misma de los otros países donde las revoluciones se suceden de seis en seis meses. Lo que lo evita es, únicamente, la confianza general que todos nutren de que ninguno de los adversarios ha de falsear las reglas preestablecidas. Es forzoso que se extienda la misma convención al campo de las relaciones

internacionales; y el militarismo no perecerá sino cuando venga a ser generalmente reconocida la necesidad, para las naciones, de regirse por una misma norma. Toda la esperanza de que él acabe por extinguirse, reside en que triunfe una doctrina mejor, reconociéndose que la lucha por el ascendiente militar debe ser abandonada, no por una sola de las partes, sino por todas. Proscribase el anarquismo internacional, la suposición de que entre las naciones no existe sociedad, reemplazándose esos errores por el reconocimiento franco de un hecho obvio, cual es el de que las naciones forman una sociedad, y de que esos principios donde todos asientan la esperanza de la estabilidad de la civilización dentro de cada Estado, se deben aplicar igualmente como la única esperanza de que se mantenga la civilización en las relaciones entre los Estados.»

Para poder hacer del derecho de la fuerza y de la excelencia de la guerra los dos polos de la civilización, necesario sería llevar al mundo superior de la conciencia las devastaciones con que se ha assolado el mundo donde reinan las conquistas materiales de nuestro progreso. El mundo está harto de oír cantar en todos los tonos del entusiasmo la apología del exterminio sistematizado.

\* \* \*

Duplicando la moral, abolieron la moral; y, como la moral es la barrera de las barreras entre las sociedades civilizadas y las sociedades bárbaras, aboliendo la moral proclamaron implícitamente la barbarie como último destino del género humano. Barbarie servida por la física y la química, barbarie adulada por los sabios y los doctos, barbarie dorada por las artes y las letras, barbarie disciplinada en los ministerios y en los cuarteles, barbarie con la presunción de la ciencia y el genio de la organización, pero no por eso menos barbarie, antes barbarie peor, por eso mismo. Maldita sea la guerra que, reduciendo la moral a lacayo de la fuerza, perturbó el sentido íntimo de los pueblos, y envolvió en tinieblas la conciencia de una parte de la humanidad.

No; no hay dos morales. Para los Estados como para los individuos, repetiré, en la paz o en la guerra, la moral es una sola. En los campos de batalla, en las ciudades invadidas, en el territorio enemigo ocupado, en el océano solapadamente surcado por los submarinos, en las incursiones de las naves aéreas, es ella quien protege los hogares tranquilos en las ciudades inermes, quien resguarda en los trans-atlánticos las poblaciones viajeras, quien no permite sembrar de minas las aguas reservadas al comercio pacífico, quien libra de los torpedos los barcos de pesca y los hospitales flotantes, quien abriga de bombardeos las enfermerías y bibliotecas, los monumentos y los templos, quien prohíbe el pillaje, la ejecución de los rehenes, la ultimación de los heridos, el envenenamiento de las fuentes, quien protege las mujeres, los niños, los viejos, los enfermos, los desarmados. La moral es sólo ésta. No se puede concebir otra. Si el mundo ve erigirse ahora un sistema que le usurpa a ella el nombre revocando todos esos cánones de su eterna verdad, no es la moral quien avanza: es la inmoralidad encubierta con los títulos de la moral destruída, la malhechora oculta bajo el nombre de su víctima; y todos los pueblos, bajo pena de suicidio, se deben unir para oponerle la unanimidad incondicional de su execración.

\* \* \*

«Lo que nos importa a nosotros, ante todo, a nosotros, los pacifistas y demócratas alemanes—decía aún ayer uno de éstos, en un libro recientísimo—lo que nos importa, es esto: no hay precio a cambio del cual podamos tolerar por más tiempo, en pleno siglo veinte, la coexistencia de dos morales: una al par de la otra; una para uso del ciudadano, otra para uso del Estado. Maquiavelo ha muerto y muerto para siempre. Los pueblos, los Estados, las dinastías, están sometidos hoy «a las mismas» concepciones morales, «a las mismas» leyes morales que los simples ciudadanos. Deben proceder como gente honesta. Cuando no, han de venir a ser, en nombre de la justicia y de la seguridad pública, citados ante jueces, como

cualquier otro delincuente. No les es lícito alegar, para defenderse, otros motivos que no sean los del derecho penal. Porque, actualmente, ya no debe haber «razón de Estado» ni derecho público especial, reacios a la discusión y extraños a las nociones de la moral corriente. Lo que resta de eso en los papeles diplomáticos y en los cerebros de ciertos sabios, la guerra actual lo destruirá. Ya no existe, ni podrá existir más, en Europa, sino «una sola» moral: la moral jurídica, ligando a «todos» y rigiendo «todo»: reyes y dinastías, ciudadanos y países.»

\* \* \*

Pero, señores, la guerra no merece el reconocimiento del género humano ni aun por las acciones heroicas y virtudes sublimes de que son teatro sus campos. Las influencias que elevan a los hombres a esas alturas de la abnegación, a esos gloriosos extremos del sacrificio, no son los apetitos sanguinarios del combate: son la preocupación de los derechos e intereses de la paz y el celo de sus tesoros inestimables, que cada uno de los combatientes mira periclitantes con la guerra. Esos sentimientos, esas afecciones, esas nobles cualidades se inflaman y deflagran en la lucha armada, que ofrece a los amenazados la ocasión de la resistencia al peligro inminente. Pero lo que ilumina esa lucha, lo que la engrandece, lo que la santifica, es el amor de la patria, el amor de la familia, el amor de la libertad, el amor de todo lo que las conmociones militares inquietan y aniquilan. Pues bien: esos sentimientos no se desenvuelven con tanta intensidad en ninguna parte como entre los pueblos pacíficos, las naciones liberales, los gobiernos democratizados.

*(Seguirá)*

# Rosas y el Doctor Francia

## II

La tiranía de Rosas en Buenos Aires, es la más horrible tal vez que recuerda la historia. Ni el «terror» en Francia, en 1793, presenta iguales ejemplos de sangre y opresión. La *Mazorca* (por su nombre oficial la «Sociedad popular restauradora») era una especie de club de criminales, protegidos por el tirano, para asesinar y atormentar con los suplicios más crueles, a cuantos no pertenecían al partido de Rosas. Reclutábanse sus miembros entre las clases más abyectas e ignorantes. En Buenos Aires entonces, pertenecer a una familia distinguida, ser culto y bien educado, tener buenas costumbres, eran riesgos de muerte. Las bandas ebrias de los *mazorqueros*, con los rostros cubiertos de pintura para acrecentar el espanto público, recorrían las calles degollando a derecha e izquierda, hombres, mujeres y niños. Cuando los cadáveres llegaban a cierto número, la *Mazorca* hacía disparos para avisar a los encargados de la limpieza, que vinieran a recoger los despojos de las víctimas.

Uno de los crímenes que provocaba la ira de aquellos bárbaros, era negarse a la adoración de Rosas. El retrato de éste era conducido como una imagen sagrada por los *mazorqueros*, y colocado en las iglesias, sobre los altares, junto a la imagen de Jesucristo. Los sacerdotes desde el púlpito, invitaban a los fieles a la adoración impía. «Es justo»—dijo uno de esos curas amigos de Rosas—«adorar a Dios, pero es más justo adorar al Restaurador de la República». Mitre, ilustre caudillo y patriota, y Sarmiento, gran educador y gobernante, han escrito admirables páginas sobre esa espantosa época, algunas de las cuales cita el señor Ramos Mejía en su libro. Leyendo «Civilización y Barbarie» de Sarmiento, verdadero restaurador, o mejor dicho, creador de la civilización y el buen gobierno en la Argentina, y justamente venerado por sus compatriotas—asombra cómo un país, en el siglo XIX, ha podido sufrir despotismo



tan sanguinario. Desde 1839 hasta 1842, duraron los años terribles en que Rosas llegó al límite extremo de su locura.

El retrato del Doctor Francia—melancólico homicida, encerrado en su palacio de la Asunción, recreándose con los ayes de los torturados por sus órdenes, es bien sombrío, pero palidece junto al de Rosas, delirante y feroz, rodeado de esclavos y bufones, y alcanzando los límites mayores imaginables de crueldad y demencia.

He dicho que las pruebas científicas de la locura de Francia y Rosas, presentadas por el señor Ramos Mejía, son indiscutibles, y no he de seguir al erudito escritor en sus doctas y hábiles comparaciones de los síntomas y antecedentes mórbidos de los dos tiranos, con los casos clínicos que estudian en sus obras los más ilustres alienistas europeos. Entrar en terreno semejante, es innecesario para mi propósito, sobre todo cuando el señor Ramos Mejía narra algunos hechos en que la enajenación mental del protagonista resulta evidente aun para los que carecen de nociones de Psiquiatría. Véase, por ejemplo, el siguiente, que el señor Ramos Mejía copia de la obra *Rosas y sus opositores*, por el señor Rivera Indarte:

«En 1838—dice Rivera Indarte hablando de Rosas—expiró su inquieta mujer. En sus últimos momentos se vió rodeada, no de profesores que aliviaran los dolores de su cuerpo, ni de la amistad, ni de la religión, sino de una profunda y desesperante soledad, interrumpida por las risas y las obscenidades de los bufones del tirano. Ellos le aplicaban algunas medicinas, y muchas veces desgarraba los oídos de la pobre enferma la voz satírica de su marido que gritaba a alguno de los locos: «¡Ea! acuéstate con Encarnación, si ella quiere, y consuélala un poco». La infeliz se sintió morir y pidió un sacerdote para confesarse. Rosas se lo negó pretextando que su mujer sabía muchas cosas de la Federación y podía revelárselas al fraile. Cuando le avisaron que había expirado, mandó venir a un clérigo para que le pusiera la *extrema unción*, y para que creyera que el óleo santo se derramaba sobre un moribundo y no sobre un cadáver, uno de los locos, puesto debajo de la cama en que el cadáver estaba, le hacía moverse, pero con tal torpeza, que el sacerdote, después de haber fingido que nada comprendía, salió espantado de aquella caverna de impiedad y reveló la escena infernal en que fué involuntario actor, a un eclesiástico venerable, de cuyos labios tenemos esta historia.»

Pero tan macabra acción es inocente al lado de otra que refiere, ya no Rivera Indarte, sino el propio señor Ramos Mejía:

«Al día siguiente de su muerte (la de su mujer) se encerró (Rosas) en su cuarto con Viguá y Eusebio, y lloraba a gritos la muerte de su Encarnación. En algunos momentos daba tregua a su dolor, pegaba una bofetada a uno de aquellos y con voz doliente preguntábales:

—«¿Dónde está la heroína?»

—«Está sentada a la diestra de Dios Padre Todopoderoso, respondía Viguá, y volvían a llorar.»

No suponga el lector, que esta escena es la más propia de un manicomio de cuantas se desarrollaron en aquel tiempo fatídico en el palacio presidencial de Buenos Aires. Rosas se entretenía en echar a sus servidores locos y bufones, jeringazos de aire hasta inflarles los intestinos y abultarles el vientre. Una vez mandó al llamado Eusebio calzarse unas botas llenas de brasas ardientes; otra, al imbécil Viguá, sentarse, sin calzones, sobre un hormiguero, hasta que hubiera devorado dos fuentes de dulces.

«No se hallaba»—dice el señor Ramos Mejía—«en esa zona misteriosa de que habla Mawdsley y en uno de cuyos bordes se ve a la perversidad predominando sobre la locura, mientras que en el opuesto la perversidad es menos y la locura domina. Rosas estaba francamente afectado de una *locura moral* en toda su horrible plenitud. Principió a manifestarse en su juventud y después públicamente, haciendo pintar bigotes con corcho quemado a sus generales; proscribiendo el frac y cortando con sus propias manos los faldones del que llevaba el señor Gómez de Castro en un baile público en la casa de Gobierno; presentándose en mangas de camisa y en calzoncillos en momentos solemnes y notables; organizando bandas de hombres feroces que tenían la misión de tuser las barbas a los *salvajés unitarios*, y pegar moños con cola en las cabezas de sus mujeres. Rosas hacía bailar a su hija y a sus generales con negras y mulatas en la Alameda y en las plazuelas de las iglesias, y representaba con sus bufones farsas indecentes y obscenas, parodiando las cosas más respetables, sin miramiento alguno por las personas que tenía cerca.»

Otro de los rasgos que el señor Ramos Mejía recuerda—y como todos los anteriores fundándose en testimonios históricos irrecusables—es el de tener sobre el piano, en su sala de recibo, puestas en un plato y saladas, las orejas del coronel Bordas (uno de los que se atrevieron a sublevarse contra él) para enseñárselas sonriente a sus tertulianos. Lo más asombroso ¿no es que Rosas tuviera tertulianos? Los tuvo. Otras más importantes pruebas existen de la sumisión y el terror en que logró sumir a los desdichados habitantes de Buenos Aires.

Sin embargo, el señor Ramos Mejía hace constar que no era valiente. Acometíanle accesos de pánico ante el peligro, y si la crueldad que mostraba con los revolucionarios era monstruosa, no menos grande era el miedo que ellos le inspiraban. Pero ¿si fué cobarde, cómo pudo someter a la esclavitud a toda la nación? ¿Cómo logró, no sólo que le obedecieran ciegamente, sino que lo adoraran?

La respuesta es bien sencilla. Para ser un tirano cruel, un déspota sanguinario e injusto, no se requieren grandes cualidades de carácter, de energía, ni de talento. Menos aún es necesario el heroísmo. La

única condición es hallarse en un país que quiera la tiranía. En el siglo XVII Etienne de la Boetie probó que la imbecilidad de los pueblos, es la única, absolutamente la única fuerza de que la tiranía dispone. Siglos y siglos antes, siglos después que el noble amigo de Montaigne hubo de escribir su libro inmortal, los hombres han sufrido, y seguirán sufriendo, las humillaciones y miserias del despotismo. De todos los animales, el hombre es el más crédulo. Su colosal egoísmo lo ciega, y siempre sigue, por la senda del deber o por la del crimen, al que quiera engañarlo diciéndole que trabaja en favor de sus intereses individuales o colectivos. Lentamente, *porque las peores tiranías se han establecido y se establecen de manera insidiosa y con aspectos legales*, el propio pueblo va entregando el poder, la fuerza, el tesoro nacional, todos sus recursos, hasta que se funda un imperio hereditario, o una dictadura perpetua, según el país, la raza, y sobre todo, la mentalidad atávica del pueblo.

El «*morbus tyrannicus*» emponzoña los más nobles corazones, y degrada las inteligencias más brillantes. Así vemos que es posible la admiración de un Carlyle por un Doctor Francia, y que toda una nación, por muchos conceptos admirable y que ha producido hombres ilustres y grandes patriotas, se arrastra, durante varios años, a los pies de un loco de atar como Juan Manuel Rosas.

S. L. B.

JOSÉ DE ARMAS

---

¿Ha de conservarse en toda la América hispana, desde México hasta el Cabo de Hornos, un canon literario, un léxico castellano que evolucione en armonía con el de la metrópoli, o ha de aprobarse que en cada España colombiana se forme una «variante» de la lengua maternal? Un volumen no bastaría para responder. Yo soy partidario de la unidad. Una lengua uniforme en la expresión del pensamiento y de las altas emociones artísticas, podría ser el alma unánime de las Españas de ambos lados del mar. Y esto sin que existiese hegemonía, sin que la ley se dictase en las Academias de Madrid... De tiempo en tiempo los grandes prosistas y poetas de España y de América española podrían comunicarse sus inquietudes y sus inspiraciones y contribuir al fomento y esplendor de la herencia de Fray Luis y de Cervantes.

ALBERTO INSÚA

París, noviembre de 1918.